

HUNDIDO EN EL PASADO

Tove Alsterdal

Traducción: Julieta Brizzi

MÓTUS

CAPÍTULO 1

LOS ÚLTIMOS BANCOS DE HIELO ya se habían derretido o los había arrastrado el mar. Soplaban un viento suave del sudeste cuando dijeron las últimas palabras antes de sumergirse.

—Mantengámonos cerca cuando descendamos; si algo anda mal, hazme una señal, ¿de acuerdo?

—Claro, de acuerdo.

Su compañero se movía con tanta naturalidad con las patas de ranas como lo haría con sus zapatos. Ylva lo había conocido la noche anterior en la residencia, después de llegar a Lunde en autobús. Estaba muy, muy agradecida por tener la oportunidad de salir a bucear con ellos y poder vivir una primavera diferente a la anterior.

Sí, era consciente de los peligros; sí, tenía certificado para bucear hasta dieciocho metros de profundidad y suficientes horas de inmersión en su haber. No, no tenía idea del frío que podía hacer a las cinco de la mañana a finales de abril, pero eso no lo dijo.

Se ajustó el chaleco y las mangueras que salían del tubo, se colocó la máscara y la boquilla, controló que funcionara correctamente la presión e inmediatamente comenzó la rutina sin palabras que tanto le gustaba. La señal de que todo estaba

en orden, de que ya estaba lista. “Voy a descender, puedes seguirme, confiamos el uno en el otro, estoy aquí para lo que necesites”.

Debajo de la superficie, la visión era borrosa. Soltó lentamente el aire del chaleco para sumergirse poco a poco. Respiraba hondo y con calma. El agua tenía un color parecido al mosto de la cerveza, lleno de sedimentos arrastrados por la corriente. A pesar de tener puesto el traje seco, sentía el frío.

Todo era muy diferente a las historias exóticas que subía la gente en las redes sociales, llenas de extraños peces multicolores, como salidos de una película de Disney.

Dos años antes, durante la inmersión final de su curso, tuvo la certeza de que el mundo era inabarcable. Había tantas cosas por descubrir, tantas dimensiones del futuro con las que no había contado.

Claro que todo había comenzado con un hombre. Habían salido solo durante un par de meses y habían compartido los sueños que tenían para el resto de sus vidas. Ylva le contó que quería trabajar menos horas y quizá comprarse una casa de veraneo, mientras que él, cuyo nombre hubiera preferido olvidar, le dijo que deseaba bucear en el mar de Tahití y navegar por las islas del Gran Arrecife de Coral; conocía sitios adonde aún no había llegado el turismo masivo. Cuando Ylva se quedaba sola, buscaba información en Google sobre cursos de buceo, porque temía no ser capaz de hacer algo así con él, de tener un ataque de pánico o quedarse sin aire. No podía permitir que le ocurriera algo así durante una travesía por Australia, de modo que todos los jueves, durante ese invierno, había asistido en secreto a las clases en la piscina municipal.

Ocho metros, nueve, aún faltaba un poco más para llegar al fondo. Ylva ya no distinguía el rojo de sus guantes; a esa profundidad, desaparecían los colores.

Continuó descendiendo un poco más profundo.

Para cuando hizo la última inmersión del curso, ya había

terminado la relación con ese hombre. Cuando por fin él se dignó a responderle sus innumerables mensajes, le escribió que todo había ido demasiado rápido, que ella era una linda chica, pero que él necesitaba más tiempo. Aún no había superado por completo lo de su ex.

Así que ahí estaban, otra vez, la soledad y la sensación de no poder conservar una pareja. Había pagado miles de coronas, que no podría recuperar, para aprender a respirar bajo el agua y se había estropeado el pelo con el cloro.

Había decidido que, de todas maneras, obtendría su certificado. Así, podría publicarlo en las redes y decirle a todo el mundo: “¡Miren lo que he logrado!”. Entonces, llegó aquella última inmersión en aguas abiertas, donde descubrió un mundo nuevo que solo le pertenecía a ella y ya no tenía nada que ver con él. Después, no dejó pasar una sola oportunidad para salir a bucear por el archipiélago de Estocolmo, y allí fue donde se enteró de los numerosos naufragios inexplorados en el río Ångerman, hacia el norte.

Ylva vislumbró algo al borde del círculo luminoso. Estacas, enormes trozos de madera que parecían señalar hacia ella. Cuando verificó que la profundidad era de catorce metros, comprendió lo que era.

El puente hundido.

Tenían frente a ellos los pilares rotos del puente derrumbado, que habían sido impulsados hacia arriba y formaban un arco de punto, como la fachada de una catedral.

Los buzos lo llamaban “la iglesia”.

Ylva giró para mirar a su compañero, que estaba filmando en un extremo de su campo visual. Le hizo una seña: “Voy hacia allá, ¿está bien?”. Él levantó una mano y ella interpretó el gesto como una respuesta afirmativa.

Cuando cruzó el arco, percibió de inmediato una sensación de reverencia. Y el silencio. La extensión de oscuridad que la rodeaba y reducía el mundo a un rayo de luz. Pensar

que el viejo puente de Sandö, el mismo que se había derrumbado durante su construcción hacía tantos años, yacía allí en la profundidad del olvido a medida que avanzaba el nuevo siglo. Ylva rozó con el guante la construcción destruida y siguió su contorno en un tramo del otro extremo. El pasado no había desaparecido; era real.

Cuando quiso volver, se desorientó. La oscuridad era absoluta y la linterna solo iluminaba algunos metros hacia adelante. Se había alejado demasiado y ya no veía el puente. No estaba segura de sí estaba sudando o, por el contrario, se congelaba; la percepción era diferente allí abajo.

Según la regla, tenía dos minutos para buscar a su compañero y subir a la superficie, pero no podía saber con certeza cuánto tiempo había pasado. Comenzó a ascender cuando, de pronto, tuvo la sensación de que había algo muy grande a su lado, en medio de la oscuridad, y se detuvo. Lo primero que sintió fue miedo, pero enseguida se dijo que era una estupidez, pues en esas profundidades no había nada que temer. Cuando alumbró con la linterna, pudo distinguir el lateral de una embarcación. Nadó para acercarse dando patadas amplias hacia los lados, para agitar lo menos posible el lodo y la arena.

Era imposible determinar cuánto tiempo había estado allí ese barco hundido. En las aguas salobres del Báltico, los gusanos de los barcos no se reproducen como en los mares más salados y la madera se mantiene casi intacta. Ylva intentó recordar lo que había leído sobre los otros naufragios que habían ocurrido en el lugar. El que estaba situado en ese lado del puente Sandö se había documentado recién el verano anterior, de modo que quizás estaba viendo algo que nadie más había visto en más de cien años, y la idea la hizo jadear de emoción. Husmeó a través de una escotilla del casco: se veía una silla caída, un trozo de porcelana rota en el suelo, una cama amurada a la pared. Siguió lentamente hacia la proa del barco. Había un objeto en el fondo; nadó para rodearlo y

sintió una repentina falta de aire, como si alguien le bloqueara la manguera del tubo de oxígeno.

Aferró la boquilla, respiró y respiró.

Era un cráneo. El esqueleto de una persona, medio hundido en la arena. Sintió un mareo cuando pensó en los objetos que había allí dentro: un libro que alguien había leído, un cuenco que se había quebrado cuando al hundirse el barco, y de alguna manera todo se hizo realidad. La vida y la muerte se fusionaban entre sí. Sintió que le zumbaban los oídos, pero tal vez lo estaba imaginando. Exhaló y tragó para compensar la presión, pero no logró que desapareciera. ¿Por qué sentía que no podía respirar cuando el aire debía durar varias horas más? Buscó la válvula del inflador para llenar el chaleco y comenzar el ascenso con cuidado, sin demasiada prisa para no dañar los pulmones, pero no podía distinguir el botón rojo del gris, cuál era para subir, cuál para descender. Pataleó lo más fuerte que pudo y el sedimento se arremolinó a su alrededor, una neblina sin dirección ni fin.

CAPÍTULO 2

ALLAN WESTIN ECHABA DE MENOS el aroma a alquitrán a medida que se aproximaba al barrio del puerto. Aún podía oír el silbato de aquellos tiempos, que sonaba todas las mañanas justo antes de las siete, cuando los trabajadores se precipitaban en cascada con sus bicicletas por las laderas de Lunde hacia el astillero.

Aguarrás y diesel, los golpes y el ajeteo, el ruido de las olas cuando atracaban los barcos remolcadores para recibir una mano de pintura después de la labor del invierno. Aún podía verlos con claridad: allí estaban el *Stufvaren* y los viejos balleneros *Björn* y *Backe* que fueron reconstruidos para acarrear madera. Estaba también el *Dynäs II*, un poco más llamativo que los demás, con los sofás de la sala del capitán tapizados en terciopelo, tal como en el Expreso Oriente. En ese barco había viajado el mismísimo rey Gustavo VI Adolfo. Todavía se respiraba un aire entusiasta, vivo, en la fresca primavera, a pesar de que ya hacía tiempo que no había actividad en el lugar y el río fluía vacío y silencioso.

Veía fantasmas y sombras por doquier. Ya no existía la mansión de los ingenieros al otro lado de la colina, ni las niñas que se sentaban a recortar muñecas de papel en el porche,

ni la cabaña central donde se reunían los viejos a jugar a las cartas, y el niño que Allan había sido se ganaba cinco céntimos por ir a llevar a las esposas el recado de que sus esposos debían quedarse a trabajar hasta tarde.

Las colinas le dejaban las rodillas extenuadas y le hacían doler la cadera, en especial la barranca que iba hasta el río, donde Canalla comenzaba a jalarle de la correa. No era un perro para nada educado, pero de todas maneras era un rasgo que compartían.

Tenían la misma necesidad de libertad, de poder ir adonde se les antojara.

No tener que obedecer a los jefes capataces, como se hacían llamar los patrones del aserradero cuando decidían que un nombre u otro no era lo suficientemente bueno. Eran hombres que se compraban títulos pretenciosos, como el de vicecónsul de Venezuela, para simular ser más importantes de lo que eran.

Soltó al perro y se sentó en la banca de siempre para sentir el aroma levemente salado del río, que fluía libremente otra vez. Durante el invierno todo había estado congelado y silencioso, pero ahora volvía a cobrar vida con la primavera. La semana anterior se habían empezado a escuchar los sonidos del hielo al derretirse: comenzaba a quebrarse y a abrirse sin resistencia, totalmente diferente a la violenta fuerza natural que recordaba de su juventud, cuando el hielo caía con enorme estruendo, y se amontonaba formando torres a lo largo de las costas.

Canalla se mojaba las patas en el frío arroyo que fluía desde la montaña, ladraba y arremetía contra los palos de madera que pasaban flotando.

¿Era un barco lo que se distinguía?

No. Una pequeña embarcación a motor se aproximaba hacia el cabo meridional del Sandö, y según parecía, seguía rumbo hacia Lunde.

Allan entornó los ojos, aunque no le fue de mucha ayuda,

para mejorar su visión deteriorada por la edad. Recién cuando la mancha entró en el sector del antiguo puerto, distinguió algunas figuras sobre la cubierta.

Se levantó con renuencia y sujetó al perro.

Un hombre joven y ágil bajó de un salto por la borda. Podía tener tanto veinte como cincuenta años, considerando la manera cómo entrena la gente hoy en día para mantenerse en forma. Había otro hombre un poco mayor, pero igual de atlético, y una mujer sentada inmóvil en la popa. No era muy joven, pero tampoco anciana. Aún tenía puesto el traje de buceo, aunque se lo había bajado hasta la cintura y llevaba una chaqueta que le cubría los hombros. Allan vio que había tubos de oxígeno y otros objetos sobre la cubierta.

—¡Lindo clima para bucear! —les dijo.

Los dos hombres saludaron cortésmente y le dieron la mano. Le dijeron sus nombres, pero Allan no pudo retener la información; ese año había demasiada información que retener en la mente, no podía llevar un registro de todo. Creyó haber escuchado que eran biólogos marinos, pero lo corrigieron. Eran arqueólogos marinos. Realizaban una misión para explorar naufragios y habían rastreado más de trescientos desde Sandslån hasta el puente de Costa Alta.

—Increíble —dijo Allan—. ¿Trescientos?

Bien sabía él que había una gran cantidad de basura en las profundidades, pero no se le había ocurrido pensar que pudiera ser de interés para los científicos. Buscar trozos de madera vieja siempre había sido una labor de los más pobres, que construían sus canoas con los restos. Y bien —dijo de pronto—, ¿encontraron algo de valor?

El joven dirigió una mirada a sus compañeros, como si no pudiera hablar sin su permiso. Allan creyó percibir que ocultaban algo, como si los hubiera descubierto *in fraganti* contrabandeando alcohol. La mujer se quedó sentada sobre

la cubierta, con la cabeza apoyada en las manos, y parecía un poco mareada.

—No sé si sería prudente decirlo en voz alta —dijo el hombre mayor—, para evitar que alguien más vaya al lugar, antes de que llegue la policía. Sabemos que no debemos tocar nada, pero con los buzos aficionados puede ser un riesgo.

—¿Riesgo de qué? —Allan miró a su alrededor. ¿En serio creían que había más gente ansiosa por sumergirse en el río a finales de abril para divertirse? Durante los últimos días, solo había visto a unos pocos locos que solían nadar en el río en invierno —una costumbre que habían adoptado durante la pandemia de coronavirus—, pero entraban al agua y salían a los pocos segundos, con las gorras de lana puestas.

—¿Qué han encontrado?

Solo escuchó un murmullo. No quería quedar como un tonto pidiéndoles que le repitieran lo que acababan de decir. Al menos, escuchó que habían encontrado un cuerpo.

—Oh, mierda. ¿De una persona?

Asintieron.

Un cráneo, medio sepultado en el sedimento del fondo del río, escondido detrás de la quilla de lo pensaban que era un barco de principios del siglo xx.

—Entonces, la persona ¿puede ser también de aquella época? —dijo Allan.

—Es imposible saberlo a simple vista —respondió uno de ellos—, no podemos sacar ninguna conclusión antes de investigarlo; somos científicos.

Pensaban hacer la denuncia, pero no decidían si debían contactar a la guardia costera o llamar al 112. Al fin y al cabo, no se trataba de una emergencia. Si estuvieran más al sur, podrían llamar a la policía marítima, pero no tenía jurisdicción al norte de Estocolmo.

—El 112 está en Umeå, a 250 kilómetros —agregó Allan—; es por la maldita centralización.

Sintió una punzada en el estómago cuando miró el río;
eran muchos los que habían muerto en esas profundidades.
—Pero tenemos una comisaría de policía aquí —dijo.